

que lo justifican, y que nuestra indolencia tal vez ha dejado sepultar bajo el polvo de las bibliotecas y oscurecer en las densas tinieblas de la antigüedad, nos despreciaban como hundidos en una profunda barbarie, y casi enteramente despojados del noble atributo de la racionalidad. El clima de España inspiraba, según ellos, á sus naturales una inclinación irresistible á las sutilezas y frivolidades (1). «El español estaba privado de la facultad de leer y pensar (2), y la docta Europa no debía á esta nación estólida más beneficio que el de haber corrompido en todos tiempos su buen gusto y su cultura» (3). Tales eran las injustas acriminaciones con que nos maltrataban aquellos sublimes genios destinados por la Providencia á desengañar al linaje humano de los lastimosos errores en que yace sumergido; aquellos historiadores imparciales, dedicados á trasladar á las edades futuras una memoria fiel del origen, progresos y decadencia de las letras, y aquellos profundos filósofos que para bien de la humanidad reunían en una sola obra los principios y descubrimientos más importantes de todas las ciencias y de todas las artes; y tales fueron los motivos que estimularon, no sólo á los españoles celosos del honor de su patria, sino aún á los extranjeros doctos y despreocupados, á tomar á su cargo la defensa de una nación sabia y benemérita en todos tiempos de la república literaria. Las alabanzas de España, pronunciadas por la boca de un ilustre italiano (4), resonaban en una de las academias más célebres de Europa, mientras que nuestros ciudadanos convencían con sólidos argumentos la ignorancia y maledicencia de sus calumniadores. Pero todos estos esfuerzos generosos no habían producido el efecto deseado. La Europa continuaba despreciándonos, y aún algunos españoles apoyaban sus acusaciones y exageraban nuestra idiotez. No eran, probablemente, la ignorancia ni la malignidad las que mantenían esta grosera preocupación; porque ni podían ignorarse las pruebas evidentes y demostrativas alegadas tantas veces á la faz del universo, ni la envidia parece que podía llegar hasta el vergonzoso extremo de ofuscar la verdad por sostener una infame impostura ó un ridículo capricho. Las falsas ideas que tiene el vulgo de los literatos de la dignidad de las ciencias y de su mérito relativo, eran quizá el origen de este error. FORNER lo medita, y penetrado de los más tiernos sentimientos de patriotismo, emprende la *Apología de la nación* de un modo filosófico y desusado hasta entónces en este linaje de escritos, pero absolutamente necesario para manifestar las obligaciones que debía la república de las letras á los progresos científicos de España, y confundir á sus más impudentes enemigos; porque el que no conoce el destino de las ciencias jamás podrá juzgar rectamente de su mérito. «Los políticos griegos (dice Montesquieu) (5) apreciaban la virtud porque la reconocían como el principal fundamento de la prosperidad pública; y los modernos la desprecian, creyendo que las manufacturas, el comercio, las rentas públicas y el lujo son las únicas fuentes de que pueden derivarse las riquezas y felicidad de las naciones.» Y ¿es acaso la política la única profesión en que se han introducido estas falsas ideas? FORNER comparó la opinión casi universal de los hombres acerca del mérito y aprecio relativo de las ciencias con las leyes dictadas por la razón, y demostró por este medio que el error notado por Montesquieu en la política era trascendental á las demás facultades, y había sido la causa del descrédito literario de nuestra nación.

Las ciencias, sin duda, deben ser apreciadas por la utilidad de sus fines y por su mayor ó menor conexión con los destinos del hombre, los cuales se deducen de la naturaleza de las dos sustancias de que éste se compone, ó lo que es lo mismo, de las inclinaciones necesarias é irresistibles que le inspiran estas dos sustancias. El hombre, considerado como ente puramente físico, apetece vivamente su conservación; considerado como ente racional, reconoce un Sér supremo, que le ha criado, contempla la grandeza de este beneficio y desea expresarle su gratitud; aspira constantemente á su mayor perfección, siente en su ánimo una propensión vehemente á la sociabilidad, y encuentra un dulce placer en la comunicación con sus semejantes. Su voluntad quiere satisfacer todas estas inclinaciones, y su entendimiento medita los medios más oportunos para conseguirlo; pero siendo su entendimiento esencialmente limitado y su voluntad esencialmente libre, cayó el primero en errores groseros y la segunda se apartó muchas veces de los rectos dictámenes del entendimiento. Para rectificar estos errores y evitar los

(1) Betinelli.

(2) Voltaire.

(3) Masson y Tiraboschi.

(4) El abate Denina pronunció en la academia de

Berlín la apología de España, impresa al fin de la de FORNER.

(5) Libro III, capítulo III de *L'esprit des loix*.

desórdenes de la voluntad fueron necesarios ciertos auxilios, de los cuales unos fueron inventados por los hombres mismos y otros dictados por la sabiduría de su Hacedor. Dióles Dios todos los que contribuyen directamente á su felicidad espiritual, ya por la natural insuficiencia de los hombres para conocerlos perfectamente por sí solos, ya por no dejarlos abandonados á la debilidad de sus luces en una materia tan importante; pero dejéles la invención de aquellos que principalmente se dirigen á su felicidad temporal. Estos auxilios son los que se llaman ciencias, esto es, colecciones de reglas, ó dictadas por Dios, ó establecidas por los hombres, y deducidas de la experiencia y de la meditación, á las cuales deben conformar sus acciones para conseguir sus fines. Las primeras se llaman divinas, las cuales, en cuanto nos enseñan la naturaleza y atributos de Dios, se dicen dogmáticas, y en cuanto nos manifiestan su voluntad en órden á nuestras operaciones, se nombran morales. Las segundas se llaman ciencias humanas, y se dividen según la diversidad de objetos que se proponen. La medicina se dirige á curar y precaver las dolencias; las artes primitivas á satisfacer las necesidades del frío, del hambre y de la sed; las leyes civiles á establecer la seguridad entre los miembros de una misma república; la política á aumentar su felicidad y verdadera riqueza; la náutica y el comercio á enlazar á los hombres con los suaves vínculos de la amistad recíproca; el derecho de gentes á conservar la justicia y la tranquilidad entre las comunidades civiles; el arte militar á defenderse de sus mutuos insultos; las artes de imitación á suavizar los trabajos de la vida, elevar las ideas del hombre é inspirarle el amor á lo justo por medio del deleite; y en fin, la dialéctica á guiar su entendimiento y enseñarle á discursar con exactitud y solidez. Estas son las ciencias verdaderamente útiles al hombre, y á cuyo conocimiento debería haberse limitado; pero la vana curiosidad y el insano deseo de comprender los misterios más impenetrables, y adivinar las obras más ocultas de la naturaleza le han hecho malgastar su inteligencia y divertirla á unas especulaciones, no sólo estériles, sino perjudiciales; estériles, porque no contribuyen á su felicidad y conservación en el órden de su sér; y perjudiciales, porque distraen su atención de los objetos provechosos, y le hacen preferir la pompa y magnificencia de las opiniones á la saludable frugalidad de las ciencias. Ya hace muchos siglos que los filósofos más eminentes atribuían á esta causa el atraso de la moral (1); pero ni sus documentos, ni el celo ilustrado de otros sabios que les han sucedido, ni, lo que es más, las leyes de la razón han podido hasta ahora reducir al hombre al verdadero camino, ni rectificar sus ideas sobre el mérito relativo de las ciencias, y el aprecio que se les debe. En los siglos modernos, como en los antiguos, se ha aplaudido más un sistema ingenioso que una verdad sencilla, y las alabanzas de los Descartes han resonado siempre en toda la república de las letras, mientras que los Vives han sido despreciados ó desconocidos dentro de su misma patria.

A pesar, no obstante, de tan obstinada preocupación, un justo estimador de las ciencias respetará siempre aquella nación que más haya cultivado las necesarias y útiles al linaje humano, y las haya reducido á sus verdaderos límites. Y ¿quién osará disputar á España esta gloriosa preferencia? Español fué San Isidoro, que en medio de la oscuridad de los siglos bárbaros supo unir el estudio de las ciencias al celo fervoroso por la religión; español fué Cano, que descubriendo y ordenando una tónica teológica, regeneró la más sublime de todas las profesiones; español fué Vives, que enseñó al hombre los fundamentos de su inclinación al culto, y las razones filosóficas que acreditan la certidumbre de la fe cristiana; españoles Cisneros y Arias Montano, cuyas políglotas contienen un portentoso monumento de su profunda instrucción en las sagradas letras y en los idiomas orientales; y españoles fueron todos aquellos eminentes varones que excitaron la admiración de Europa en la augusta asamblea de Trento. El primer tratado completo de *Moral cristiana* fué obra de un dominicano español; y Rodríguez, Molina y Granada son los originales que han copiado los más célebres moralistas de todo el orbe católico. Raimundo de Peñafort perfeccionó el código eclesiástico; Alfonso de Castilla y Jaime de Aragón restablecieron en Europa la ciencia legal, y formaron dos códigos de leyes admirables á toda la posteridad; Nebrija restauró el estudio del Derecho romano, y abrió el camino allanado después por el inmortal Arzobispo de Tarragona; Fernando el Católico inventó el sistema de la milicia nacional; y formó una multitud de establecimientos más útiles al estado social que á su reino mismo; Baltasar de Ayala dió á Grocio la primera idea de su obra sobre el derecho de la guerra, y de él y de los

(1) Sócrates, cuyas palabras refiere Jenofonte, libro IV, *Memorab.*, cap. IV, y Ciceron, *Tusculana quæst.*, libro III, capítulo I.

teólogos españoles entresacó este sabio holandés todos los materiales del primer código universal de las naciones: á los españoles se debieron los adelantamientos que hizo el arte de la guerra en el siglo XVI, y la táctica militar se enseñó en sus universidades antes que en ninguna academia de Europa; las escuelas de Granada, Córdoba y Sevilla comunicaron á las demás naciones, en el siglo XI, los elementos de las matemáticas, química, medicina, astronomía, botánica y demás ciencias naturales; los dos Pedros Hispanos restituyeron la dialéctica á su primitivo ser, desnudándola de las pueriles sutilezas con que la había corrompido el frenesí de los comentadores; Victoria, Soto, Valencia y el restante escuadrón de ilustres escolásticos convirtió esta profesión, entonces semibárbara, en una ciencia sólida y reducida á principios ciertos; los maestros públicos de España enseñaban en el siglo XIII la retórica, las matemáticas y la astronomía, mientras que los doctores de Bolonia y París se ocupaban en métodos y disputas puramente escolásticas; el descubrimiento de la América enlazó la comunicación entre todos los hombres, perfeccionó la ciencia de la navegación, abrió nuevas fuentes de la riqueza pública, hizo comunes los dones de la naturaleza esparcidos en diversas regiones, dió el último golpe de destrucción á la anarquía, y una nueva forma á la medicina, á la botánica y á la historia natural. En España se formó el primer código mercantil, y españoles fueron Monardes, Ledesma y Solano de Luque, que observando las virtudes de las plantas, descubriendo remedios para enfermedades peligrosas y casi incurables, y estableciendo un nuevo sistema de pulso, disminuyeron los dolores y flaquezas de la misera humanidad: la circulación de la sangre, y el arte de enseñar á los mudos quizá serian todavía dos verdades ignoradas, si en España no se hubieran descubierto; Masillon, Bossuet y Bourdaloue aprendieron la elocuencia cristiana en Granada, Leon y otros ilustres españoles. La culta Europa no ha podido aún producir un digno imitador de Cervantes; Corneille y Molière no hubieran seguramente perfeccionado la poesía dramática, si Calderon, Vega y Guillen de Castro no les hubieran precedido; á España debe la música moderna su restauración y sus progresos; Berguete y Herrera levantaban magníficos edificios, en que se veían reunidas la elegancia griega y la grandeza romana, cuando en Francia apenas se conocía un arquitecto mediano. Las divinas obras de Murillo, de Rivera y de Velazquez son actualmente los dones más preciosos que pueden ofrecerse á los amantes de las bellas artes: la posteridad, que ha sumergido en un profundo olvido los nombres de Regnier y Bellay, ha immortalizado los de Boscan, Mendoza y Garcilaso, sus contemporáneos; y en fin, no hay arte ni profesion útil y agradable al hombre, que no haya sido hermosea entre las manos de los españoles, los cuales, no contentos con cultivarlas, han querido comunicar á las demás naciones los elementos del buen gusto en todos los ramos de la literatura, y dictarles las reglas de la verdadera filosofía. El inmortal Vives investiga profundamente las causas de la corrupcion de las artes, desentraña los discursos é invenciones de todos los sabios y de todos los siglos; establece el verdadero método de enseñar las ciencias muchos años antes que el célebre Bacon existiera entre los hombres, y enciende una luminosa antorcha, á cuyo brillante resplandor se disiparon las densas tinieblas que oscurecian el áspero y difícil camino de la sabiduría. Y ¿Europa, sin embargo, exclama FORNER, no sólo olvida estos insignes beneficios que ha debido á España, sino que insulta á sus moradores con los vergonzosos epítetos de indolentes, de ignorantes y de bárbaros? ¿Cuál ha podido ser el origen de esta pérfida ingratitud, ó quién ha inspirado á los filósofos de nuestro siglo este alto desprecio hácia la maestra y bienhechora universal de todas las naciones? ¿Acaso porque no han nacido en nuestra península los ingeniosos sistemas de los *torbellinos*, de la *gravitacion*, de la *armonia preestablecida*, y del *movimiento de la tierra*, deberán borrarse de los fastos de la república literaria los inmortales nombres de sus teólogos, de sus legisladores, de sus filósofos, de sus humanistas y de todos los infatigables ciudadanos que han trabajado en su felicidad? ¡Lastimosa preocupacion la de aquellos tiempos en que se prefiere la ociosa ocupacion de inventar ruidosos sistemas á los provechosos desvelos consagrados al bien de la humanidad! Grecia hubiera sido feliz sin el *materialismo* de los estóicos, sin las *cualidades* de los peripatéticos y sin los *átomos* de los epicúreos; y Europa hubiera sido dichosa sin el *optimismo* de Pope, sin las *monades* de Leibnitz, y sin algunos sueños filosóficos de Rousseau; pero ni Grecia hubiera existido largo tiempo sin las leyes de Solon y Licurgo, y sin la moral de Platon y de Sócrates, ni Europa hubiera salido del tenebroso caos de su barbarie, si las escuelas de España no hubieran restablecido las ciencias. No es, ciertamente, el exorbitante número de libros, ni la novedad de las opiniones, ni la insaciable y vana curiosidad de explicar los impenetrables misterios de la naturaleza lo que acredita el mérito literario de una nacion, sino la

solidez de sus obras, la utilidad de sus descubrimientos, y la influencia de éstos sobre la felicidad humana. Y en estos dotes, ¿quién podrá, no ya exceder, sino igualar á los españoles? No fué español, es verdad, el célebre orador de Roma á cuya sublime elocuencia se rendian los corazones más estúpidos y rebeldes; pero fué Quintiliano, que dictó á toda su posteridad los preceptos filosóficos de este arte divino. No nació en España el glorioso dictador que, despues de sojuzgar inmensas provincias, ascendió al Capitolio por montones de cadáveres y de ruinas empapadas en la sangre de sus compatriotas; pero, sí, nació Séneca, que despues de haber enseñado á los hombres la virtud y los oficios de su naturaleza, y contenido cinco años la desenfrenada ferocidad de Neron, fué triste víctima de su crueldad. Mantuano fué el inmortal imitador de Homero, que trasladó al Lacio las bellezas de Grecia, y ensalzó majestuosamente la usurpacion y la perfidia; pero fué cordobés Lucano, que despreciando las atroces amenazas de la tiranía, procuró arrancar del corazon de los romanos la funesta inclinacion á las turbulencias y discordias civiles. No produjo nuestro suelo al sabio, al amable Carlo-Magno, restaurador de la monarquía francesa, y cuya memoria será siempre grata á los verdaderos políticos; pero dictado fué por los españoles el código del *Fuero Juzgo*, copiado en gran parte por aquel célebre legislador. Un ciudadano de Ginebra intentó separar á los hombres de las sendas de la sabiduría; pero un valenciano consiguió allanárselas, y darles una brújula, que pudiera dirigirlos en su oscura peregrinacion. Locke y Helvetius degradaron el entendimiento humano, conjeturando y persuadiendo que las sublimes operaciones del alma son propiedades de la materia; pero los dos Pedros Hispanos elevaron la razon del hombre y le dictaron reglas seguras é invariables para discurrir con rectitud. El profundo Montesquieu, en el silencioso y tranquilo retiro de su gabinete, descubrió el espíritu de las leyes antiguas, y notó las relaciones de éstas con la naturaleza y principios de cada gobierno con la religion de los pueblos y con la influencia de los climas; pero el Sabio Alfonso, entre el horroroso estruendo de las armas y las tumultuosas voces de la sedicion, formó un código admirable, acomodado á los principios y naturaleza del gobierno español, á las costumbres y religion de sus habitantes y á la situacion civil y política de su imperio. Y ¿quiénes son, de todos estos eminentes varones, los que han consagrado sus talentos á las ciencias más útiles? ¿quiénes han promovido más la felicidad pública? ¿quiénes han hecho mayores beneficios á la humanidad?.... Pero el honor y gloria de mi patria han exaltado demasiado mi imaginacion, y quizá me han inspirado un lenguaje ajeno de la sencillez histórica. Refiriendo los ilustres monumentos de la literatura española, no he podido resolverme á formar en pocas lineas el extracto de la *Oracion apologética*, cuyo imperfecto retrato he procurado exponer á vuestra vista, aunque despojado de muchas bellezas que mi mano indocta no ha sabido trasladar. Vosotros, empero, que habréis mirado con ojos de artifices el hermoso cuadro de los varones doctos de nuestra nacion, que FORNER presenta á toda Europa, sabréis apreciarlo en su justo valor y reconocer la superficialidad ó nimia delicadeza de sus censores. No intentó FORNER desacreditar el estudio de las ciencias exactas, como algunos de éstos han querido suponer, ni deprimir los inmortales nombres de Newton, Locke, Montesquieu, Leibnitz y otros sabios igualmente respetables; su ánimo fué sólo persuadir que el aprecio de las ciencias debia conformarse siempre á su importancia y utilidad relativas; y si tal vez se encuentran expresiones demasiado fuertes y genéricas, ó locuciones poco exactas (1), es necesario acordarse de que se lee una oracion, y no un discurso rigurosamente filosófico. Pero sean estas últimas, en efecto, unas ligeras faltas que la escrupulosa critica no quiera disimular.... ¿deberán, por ventura, oscurecer el mérito de una obra consagrada al honor de nuestra patria, y en que brillan la verdad y exactitud en los hechos, la solidez y profundidad en los racionios, la erudicion más copiosa y escogida en la historia de nuestra literatura, la pureza y cultura del estilo, la vehemencia, el fuego, la energía, el artificio oratorio, y todas las gracias de la elocuencia? (2). Júzguenlo así en buen hora aquellos genios mordaces y malignos, que sólo leen con el designio

(1) No puede negarse que uno y otro se encuentran en la oracion apologética. Pero el exigir en un orador la misma exactitud y templanza que en un filósofo, es, ó no saber las particulares reglas á que deben sujetarse los escritores segun el linaje de las obras que emprenden, ó querer confundirlas voluntariamente para deprimir el mérito de los sabios.

(2) El Ministerio conoció muy bien el mérito de la oracion apologética, y dió pruebas muy evidentes de ello, pues habiéndola FORNER presentado al Rey por mano del Conde de Floridablanca, se expidió un decreto para que se le costeara la impresion, se le cediese el producto de ella, y se le diese una gratificacion.

de ejercitar su maledicencia y destruir el crédito de los sabios; mas nosotros, tributando á sus preciosas obras los elogios merecidos, sabremos perdonar sus leves defectos con la indulgencia y benignidad que dicta la moderación, y de que el mismo FORNER nos dió un noble ejemplo en sus *Reflexiones críticas sobre la Historia universal* de don Tomas Borrego.

Este docto español, aprovechándose con juiciosa crítica de los escritores más célebres y fidedignos de cada nacion, é imitando el método de Tillemont, Fleuri y Natal Alejandro, intentó enriquecer nuestro idioma con una *Historia universal*, de que hasta entonces carecía, en que se reuniesen todos los acontecimientos notables desde la época de la era cristiana hasta el año de 1784. Nuestro sabio Ministerio, considerando á FORNER adornado de todas las cualidades necesarias para examinar una obra tan vasta y tan dilatada, le distinguió con esta honrosa confianza (1), á la cual procuró corresponder formando un análisis completo é imparcial de toda ella, en que acreditó su juicio, su crítica, su buen gusto, su erudición en las antigüedades eclesiásticas, y sus profundos conocimientos en la historia universal de la Europa, y señaladamente en la de España. Después de haber dado una idea general de toda la obra, de su estilo, de las principales fuentes de donde el autor habia derivado sus noticias, de los modelos que habia imitado, y de los defectos que nacian de la disposición ó método que se habia propuesto, manifestó menudamente las equivocaciones en que habia incurrido, ciñéndose sólo á las más notables y dignas de reforma. Si fuera posible reducir á pocas líneas el extracto de estas observaciones, él solo bastaria para que reconocieseis la sólida instruccion de FORNER en la historia romana (2), en la geografia antigua y moderna (3), en la numismática (4), en la cronologia (5), en la disciplina de la Iglesia (6), en las actas de los Concilios (7), en los anales políticos de la Europa, y en las antigüedades históricas de nuestra nacion (8), le oyerais discurrir con acierto y profundidad sobre las más difíciles controversias eclesiásticas y civiles, restituir á algunos monarcas españoles su honor y crédito, injustamente oscurecido por la ignorancia de nuestros cronistas (9), impugnar con monumentos auténticos y decisivos las opiniones adoptadas por los historiadores más célebres, deducir el verdadero y genuino sentido de los cánones y leyes políticas de las mismas causas que motivaron su establecimiento, y refutar vigorosamente las ridículas interpretaciones con que las habia adulterado el perverso frenesi de los comentadores. Pero no siéndome lícito descender á estas individualidades sin molestar demasiado vuestra atencion, permitidme á lo ménos que os haga notar brevísimamente la energía, fuerza y solidez con que defendió los derechos é independencia de las autoridades civiles contra las injustas pretensiones de la curia romana. Estos derechos, en que estriba la paz y tranquilidad de los imperios, y cuya ignorancia ha llenado más de una vez de horror, de desolacion y de sangre á todo el orbe cristiano, han sido continuamente combatidos por algunos fautores indiscretos de la potestad eclesiástica, que traspassando sacrilegamente los limites que le fijó el mismo Jesucristo, han introducido el desórden y la confusion en las re-

(1) Hábiase presentado esta obra al señor Porlier, ministro entonces de Gracia y Justicia, solicitando su impresion; y su excelencia encargó á FORNER que la leyera y formara las reflexiones que le pareciesen convenientes.

(2) En el siglo II, § 5.º hasta el 11, deshace muchas equivocaciones de Borrego, en la relacion de la vida del emperador Adriano.

(3) En el siglo III, § 96, prueba geográficamente que Cenobia no pudo ser reina de los sarracenos, como Borrego suponía.

(4) En el siglo II, § 6.º, fija, con argumentos deducidos de las medallas, inscripciones y otros monumentos, el tiempo en que Adriano tomó el título de padre de la patria.

(5) Enmendó muchos yerros cronológicos, en que habia incurrido Borrego, refiriendo los concilios celebrados en España en el siglo VI, y el tiempo en que se habian reservado á la Silla Apostólica las causas llamadas vulgarmente mayores.

(6) Las controversias de la pascua del acimo, de la traslacion de los obispos, etc., fueron examinadas por FORNER con la mayor profundidad y solidez, tratando de corregir varios errores de Borrego.

(7) El padre Borrego cayó en muchas equivocaciones refiriendo los cánones de los concilios de España celebrados en el siglo VI, y copiando al padre Mariana, atribuyó injustamente al concilio de Toledo, celebrado en tiempo de Witiza, la aprobacion de varias deshonestidades. FORNER corrigió todas estas equivocaciones.

(8) Tratando del modo con que Ataulfo adquirió el reino de España, y perdió después la vida, impugnó á Borrego, y manifestó su vasta instruccion en las antigüedades históricas de España.

(9) Hablando de las leyes relativas á los judíos, publicadas por el rey Sisebuto, corrigió los groseros errores de los historiadores más célebres de España, á quienes habia copiado Borrego.

públicas, han debilitado el poder de las leyes, han desatado los estrechos vinculos que ligan á los vasallos con sus soberanos, y han encendido la funesta llama de la discordia entre los ministros del altar y los depositarios de la autoridad divina sobre los hombres. Los progresos de la crítica y los infatigables esfuerzos de algunos varones sabios han logrado apagar este fuego voraz, pero no han podido disipar sus cenizas, ni evitar el que salgan de ellas de tiempo en tiempo algunas centellas capaces de renovar el pasado incendio; las obras de algunos historiadores y teólogos ultramontanos han reproducido frecuentemente las máximas que el tiempo y la ilustracion habian desacreditado, y han tendido á los lectores incautos los mismos lazos en que cayeron nuestros mayores. En la *Historia* de Borrego se encontraban, por desgracia, algunas de estas opiniones. La excomunion fulminada por Gregorio II contra Leon Isáurico, la deposicion de Childerico, rey de Francia, pronunciada por el pontífice Zacarías, la abdicacion de Wamba, publicada solemnemente en el Concilio de Toledo, y la convocacion de los primeros concilios generales, son unos hechos tan alterados y desfigurados en la *Historia* de Borrego, como en los libros de los más ciegos defensores de la potestad eclesiástica; la relacion de los artículos contenidos en la célebre declaracion del clero de Francia parecia dictada más bien por el espíritu de partido que por la sencillez y veracidad histórica, y en el discurso de la obra se encontraban esparcidas algunas proposiciones dirigidas á destruir el sagrado derecho de proteccion que compete á los príncipes seculares contra las opresiones y violencias de los eclesiásticos. FORNER, que conocia las perniciosas consecuencias que podian resultar á la sociedad de estas doctrinas, las rebatió fundamentalmente, añadió nueva fuerza y energía á los argumentos tantas veces alegados por Pedro de Marca, Van-Espen y Bossuet, fijó los limites de las dos potestades, y estableció su reciproca independencia sobre testimonios irrefragables. Pero esta impugnacion vigorosa de las falsas opiniones de Borrego iba acompañada de la mayor dulzura, respeto y urbanidad hacia el mismo á quien refutaba; reconocia y confesaba sinceramente el mérito de la obra, recomendaba al Gobierno su publicacion luégo que estuviese purgada de los errores en que habia incurrido, y él mismo se ofrecia voluntariamente á corregirlos; manifestando de este modo el aprecio y estimacion que se le debia, y enseñando con su ejemplo á todos los censores á unir la severidad crítica con la indulgencia y la moderacion. Esta modestia é imparcialidad de su censura le granjearon justamente la amistad y benevolencia de Borrego, Arteaga, Eximeno, y otros doctos ex-jesuitas, cuya correspondencia, conservada después por largo tiempo, difundió sus obras y su crédito literario por Italia (1), como ántes se habian extendido en Francia por medio de su estrecho amigo Mr. de Florian. Este sabio frances, á cuyos oidos habia llegado por la primera vez el nombre de FORNER oscurecido y desfigurado por sus antagonistas, y á quien éste habia debido un concepto poco ventajoso, retractó públicamente su juicio á la faz de toda España. La franqueza y noble sencillez con que FORNER le expuso sus bien fundadas quejas, le dieron una justa idea de su carácter libre, sincero y filosófico; y la lectura de sus obras le inspiró un alto aprecio de su literatura. No contento con haberle dado una evidente prueba de su estimacion, que la malignidad hubiera quizá interpretado después como un puro efecto de la urbanidad francesa, solicitó ansiosamente su amistad, se valió de sus luces y de su instruccion para adquirir ciertas noticias eruditas necesarias para la perfeccion de una obra en que trabajaba por aquel tiempo, y concluida ésta, le remitió el primer ejemplar, suplicándole le manifestase sencillamente los defectos que en ella notara, para reformarlos en otra edicion, y que la trasladase al idioma español si la creia digna de ser leida. No son éstos, Señores, unos hechos oscuros ó dudosos, á quienes yo pretendo añadir mayor crédito y autoridad que la que en sí tienen. Leed su correspondencia literaria, continuada por muchos años, y que yo os podré franquear cuando lo deseéis. Leed la carta de Florian, escrita en Octubre de 1789, y publicada en aquel mismo año por medio de la prensa, y leed, en fin, el breve pero expresivo elogio que Florian tributó al mérito de FORNER. «Yo he encontrado (dice en su obra de la *Restauracion de Granada*) muchas noticias individuales de los granadinos en una coleccion de romances antiguos castellanos, titulada *Romancero general*; pero á nadie he debido más señalados favores que á un literato español, llamado DON JUAN PABLO FOR-

(1) Algunos amigos antiguos de FORNER me han asegurado que tuvo mucho tiempo correspondencia muy íntima y amistosa con Borrego; y yo he leído varias cartas de Arteaga escritas á FORNER, pero ni

éstas ni las de Borrego han podido hallarse entre sus papeles; así que sólo se les debe dar á estas expresiones el crédito que merecen mis palabras y las de sus amigos.